

JOAN & WOLF



*La rendición de
una dama*

1

Encaramada en las colinas de Berkshire, cinco millas al norte de Lambourn, emergió Standish Court de entre la niebla ante los ojos de Alexander Devize. Alexander llevaba tres años sin regresar a su casa y la visión del enorme edificio de ladrillo rojo que se alzaba ante sus ojos le provocó un nudo en el estómago. Cuando había abandonado su casa, tres años atrás, su padre vivía y se hacía cargo de sus tierras. Tres años después, Alex llegaba convertido en conde de Standish y dudaba que estuviera preparado para asumir la responsabilidad que entrañaba su nueva condición. Le llevaría algún tiempo acostumbrarse al cambio, pasar del caos del campo de batalla a la serenidad de las tierras que se extendían ante él.

Dejó el faetón a los pies de las escaleras que conducían a la puerta principal y comenzó a subir

lentamente hacia la casa. Levantó la aldaba de la puerta y llamó tres veces.

Un sirviente, joven y musculoso, abrió sin demora y alzó educadamente la mirada hacia él.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarle?

Alex había abierto la boca para identificarse cuando la voz de un anciano exclamó desde detrás del lacayo:

—¡Estúpido! ¡Es el señor!

Henrys, que era mayordomo de los Devize desde que Alex podía recordar, apartó al joven de su camino y dijo con voz temblorosa:

—Señor, señor, ¡cuánto me alegro de verlo de nuevo en casa!

Alex tomó la mano del anciano,

—Es magnífico estar aquí, Henrys. Espero que mi llegada no suponga una impresión demasiado grande para nadie.

—En absoluto, señor. En absoluto. La señora se va a llevar una gran alegría al verlo. En este momento, se encuentra con la señora Sherwood en el salón amarillo. ¿Quiere pasar a verlas, o desea que anuncie antes su presencia?

—Iré yo solo, Henrys —señaló hacia la puerta—. He dejado el carruaje al pie de las escaleras. ¿Puede asegurarse de que se hagan cargo de él?

—Por supuesto, señor. Me ocuparé de ello inmediatamente.

Alex se quitó el sombrero, liberando los rizos negros que ocultaba, y avanzó lentamente hacia la entrada. Cruzó el arco con el que su padre había pretendido recrear el Arco de Constantino de Roma y avanzó hacia el que era el centro de la casa, una

enorme habitación circular con una cúpula en el techo bajo la que se alineaban veinte columnas corintias esculpidas en mármol verde. El suelo también era de mármol y las paredes estaban decoradas con pinturas monocromas que representaban escenas castrenses y ritos de sacrificios.

El padre de Alex había diseñado aquella habitación con intención de provocar la sorpresa y la admiración de aquéllos que la vieran y, desde luego, cumplía sobradamente su papel. Alex permaneció mirándola durante largo rato y avanzó hacia la derecha, hacia la escalera que le llevaría al segundo piso.

Una vez arriba, cruzó el salón principal, decorado con un magnífico estucado en el techo, obra de Joseph Rose, y una alfombra de intrincado diseño de Thomas Witty. Cruzando el salón de música, de paredes azul damasco y mobiliario Chippendale, se accedía al salón amarillo, una habitación más pequeña con vistas a la parte delantera y a la zona oeste de la casa.

Las dos mujeres estaban sentadas en unos sillones orientales, con una mesita de té entre ellas. Ambas sostenían las frágiles tazas de porcelana entre las manos. Alex fijó la mirada en una mujer de cabello rubio canoso, que llevaba recogido en un moño.

—Hola, mamá. He vuelto a casa.

Lady Standish alzó la mirada hacia él y dejó caer la taza sobre la alfombra persa.

—¿Alex? Dios mío, ¿de verdad eres tú?

—Sí, mamá —sonrió—. Siento haberte asustado.

—¡Estás en casa! —exclamó lady Standish. Se levantó y le tendió los brazos—. ¡Estás en casa!

Alex la envolvió en un enorme abrazo.

—Sí, mamá, estoy en casa —contestó—. Y no deberías sorprenderte tanto. Me escribiste diciéndome que me necesitabas —le dio un beso en la mejilla—. Hueles muy bien.

—El año pasado, cuando murió tu padre, pensaba que vendrías sin necesidad de que te lo pidiera —dijo lady Standish en un tono ligeramente acusador.

—Estábamos en medio de la campaña para expulsar a los franceses de España, mamá. Ahora que lo hemos conseguido, comprendí que había dejado de hacer falta en el ejército y por eso estoy aquí.

Lady Standish suspiró.

—Bueno, ya no te haré más reproches —se volvió hacia la mujer que estaba sentada a su lado—. Louisa, ¿no es maravilloso que Alex haya regresado a casa?

Louisa Sherwood, prima de lady Standish, asintió.

—Me alegro de volver a verte, Alex. Te hemos echado de menos.

Lady Standish volvió a sentarse.

—Llama al timbre, Alex, quiero que quiten esa mancha de té. ¿Quieres tomar el té con nosotras? ¿O prefieres quizá una copa de sherry?

Alex sonrió.

—Tomaré un té, mamá —se sentó en una silla oriental—. Disfrutando de una tranquila tarde de domingo, ¿eh?

—Sí. Las chicas han salido a montar y se han llevado a las niñas con ellas, así que por fin hemos encontrado un rato para nosotras.

Entró la doncella en el salón.

—Clarence —le pidió lady Standish—, tráenos más té. Y vuelve después para limpiar esta mancha.

—Sí, señora —contestó la doncella.

Cuando se fue de la habitación, lady Standish se volvió hacia su hijo.

—Cuánto has madurado, Alex. La última vez que te vi, eras un niño. Y ahora eres un hombre.

—Sí, bueno, la guerra tiene ese efecto, mamá —se tornó serio.

—Estuve a punto de morir cuando me enteré que te habían herido en Vitoria. Estaba convencida de que regresarías a casa para recuperarte.

—Era una herida superficial, mamá. Te lo conté en una carta. Y cicatrizó muy rápidamente.

La doncella regresó con una bandeja con té recién hecho y una taza. Mientras limpiaba la alfombra, lady Standish le sirvió el té a su hijo.

Alex tomó la taza y se volvió educadamente hacia la señora Sherwood.

—¿Cómo estás, prima Louisa? Tienes muy buen aspecto.

Louisa Sherwood, una mujer muy atractiva, sonrió complacida.

—Estoy muy bien, gracias, Alex.

Alex miró de nuevo a su madre.

—Ahora dime, ¿cuáles eran esas presiones que te llevaron a reclamar mi presencia con tanta urgencia?

El semblante de lady Standish se tornó serio.

—Nuestra propiedad ha permanecido durante todo un año en manos de nuestro administrador y creo que ya va siendo hora de que alguien revise lo

que está haciendo. Me ha dicho que las casas del río necesitan reparaciones en el tejado, pero no quiero autorizar un desembolso de tal envergadura sin contar con tu aprobación. Y ése no es el único asunto pendiente. Ya era hora de que regresaras a casa, Alex.

Alex pensó que su madre, que había estado viviendo en Standish Court mientras él estaba fuera, debería saber mejor que él si realmente era necesario o no reparar los tejados, pero no se lo dijo. Se limitó a asentir y bebió otro sorbo de té.

—También necesito tu ayuda en otro asunto —continuó lady Standish—. Quiero presentar a Sally en sociedad esta temporada y la hija de Louisa, Diana, hará su presentación junto a ella —«Sally» era el apodo familiar para lady Sarah, la mayor de las hermanas de Alex—. Será mucho más agradable para todas nosotras disponer de un caballero que nos acompañe.

Alex dejó su taza en la mesa.

—Dee ya tiene veinte años —contestó—. ¿Todavía no se ha presentado en sociedad?

—Bueno, por supuesto, ya ha hecho algunas salidas por esta zona. Y también le han hecho algunas proposiciones. Pero las ha rechazado todas, por eso he decidido que cuando lleve a Sally a Londres, Diana podría venir con nosotras.

—Una oferta que apreciamos sinceramente —dijo la señora Sherwood con suavidad.

Lady Standish le palmeó la mano.

—Jamás olvidaré el bien que le hizo Diana a Sally durante el año que estuvo tan enferma. Y yo estaré encantada de contar con tu compañía.

Las dos mujeres se sonrieron,

—¿Y me estás pidiendo que acompañe a Dee y a Sally a Londres durante la temporada de baile? —preguntó Alex—. ¿Qué es esto? ¿Una expedición a la caza de marido? —Alex tensó ligeramente la voz.

—Por supuesto —respondió su madre—. Ése es el único motivo por el que una joven hace una presentación en sociedad.

En aquel momento, se abrió la puerta del salón y una joven de rizos cobrizos y una gastada capa de montar irrumpió en la habitación.

—Siento tener que decirte esto, prima Amelia, pero María se ha caído del poni y me temo que se ha roto la clavícula. Está llamándote, ¿puedes venir?

Lady Standish se levantó de un salto.

—Por supuesto que iré. ¿Qué ha pasado?

—Se ha cruzado un ciervo en nuestro camino y Candy se ha asustado. Lo siento mucho, prima Amelia. Ha sido todo tan rápido que no hemos podido hacer nada.

—¿Has enviado a buscar al médico? —preguntó lady Standish desde la puerta.

—Sí, le he pedido a uno de los mozos del establo que fuera a buscarlo.

—¡Oh, cariño! —gimió lady Standish—. No sé qué le ocurre a esa niña, pero siempre tiene que meterse en problemas.

La puerta se cerró tras ella.

Alex, que se había levantado en cuanto Diana había entrado en el salón, la saludó:

—Hola, Dee. Me alegro de volver a verte.

La joven volvió sus ojos oscuros hacia él. Algo relampagueó en sus profundidades, pero casi inmediatamente desapareció. Posó la mano en el respaldo del sofá.

—Hola, Alex —le saludó. Se produjo una pausa—. ¿O debería llamarte «señor»?

Alex sintió que se sonrojaba.

—Para ti siempre seré Alex. Y lo sabes.

Dee arqueó una de sus perfectamente dibujadas cejas.

—¿Ah, sí?

—Sí, o, por lo menos, deberías saberlo —consiguí contestar Alex con firmeza.

Diana se encogió de hombros con un grácil movimiento.

—Me alegro de que por fin hayas vuelto a casa. Tu madre te necesitaba. Standish Court es una propiedad muy grande.

Le miraba con frialdad y Alex no estaba acostumbrado a esa actitud por parte de Diana.

—Soy consciente de ello. Por ese motivo he regresado.

—De todas formas, la guerra ya ha terminado, ¿verdad?

—Sí. Los aliados están a punto de entrar en París y Napoleón tendrá que firmar el acta de abdicación cualquier día de éstos.

Diana dejó de prestarle atención para volverse hacia su madre.

—Creo que voy a volver a los establos para ver cómo está Candy, mamá. No parecía haberse hecho ningún daño, pero quiero asegurarme.

—Te acompañaré —se ofreció Alex rápidamente.

te—. Me gustaría ver qué caballos tienes. Monty está todavía aquí, ¿verdad?

—Por supuesto. De hecho, he estado montándolo, así que está en una forma excelente.

Alex se volvió hacia la señora Sherwood.

—¿Nos perdona, señora?

La señora Sherwood miró a su hija y después volvió a mirarle a él.

—Por supuesto —contestó, tras una pausa apenas perceptible—. Cuando terminéis, vuelve a casa, Diana. Quiero terminar de probarte el vestido nuevo.

—De acuerdo, mamá —dijo Diana, y los dos jóvenes se volvieron hacia la puerta.

No cruzaron una sola palabra mientras bajaban las escaleras y se dirigían hacia la puerta más cercana a los establos. El jardín estaba yermo tras el invierno y la fuente de ninfas y querubines igualmente seca. El sendero hasta los establos cruzaba el jardín y una loma de hierba al final de la cual se alzaba el establo de ladrillo y el corral, rodeado por una cerca de piedra. Algo más lejos, estaban los potreros.

Alex quebró el silencio cuando cruzaron el arco del establo.

—Te he escrito muchas veces, pero no me has contestado. No me has escrito una sola carta.

Diana alzó la barbilla y continuó caminando.

—¿Esperabas que lo hiciera? Tú elegiste, Alex. Te dije que el ejército o yo y elegiste el ejército. No fui yo la que puso fin a nuestra relación, fuiste tú.

Alex posó la mano en su brazo, obligándola a detenerse.

—Me dijiste que me fuera.

—Era evidente que querías marcharte, Alex. Yo me limité a decir lo que querías oír. Pero no dije en ningún momento que te esperaba.

—Aun así, no te has casado.

Diana se encogió de hombros con un gesto muy típico de ella.

—Por aquí no hay nadie con quien quiera casarme. Pero el mes que viene, haré mi presentación en sociedad junto a Sally y espero que las dos podamos encontrar en Londres un marido que nos convenga.

Alex la agarró del brazo.

—He pensado mucho durante todo el tiempo que he estado fuera. Te he echado de menos, Dee. Te lo decía en mis cartas.

—Nunca las leí —contestó Dee.

Se apartó de él y continuó avanzando. Un hombre de unos treinta años, alto y de hombros anchos, estaba sujetando a uno de los caballos junto a la fachada del establo. Al ver a Alex, esbozó una enorme sonrisa.

—Señor —lo saludó—, ¡ha vuelto a casa!

Alex se obligó a sonreír y se acercó al encargado de los mozos de cuadra.

—Sí, Henley. He vuelto para quedarme. ¿Cómo se encuentra? Tiene buen aspecto.

—Estoy muy bien, gracias, señor. Nos preocupamos mucho por usted cuando nos enteramos de que le habían herido.

—No fue nada —contestó Alex—. La herida sanó muy rápidamente. La señorita Sherwood ha venido para examinar a ese poni que ha tirado a mi hermana, y yo vengo a echarle un vistazo a los caballos.

Henley llamó a uno de los mozos y le pasó el caballo que él estaba sujetando.

—Monty está en plena forma —dijo—. La señorita Diana ha estado manteniéndole en forma para cuando regresara.

—¿Por qué no da una vuelta con el señor por el establo mientras yo voy a ver a Candy? —sugirió Diana.

—¡Estupendo! —contestó Henley con entusiasmo.

Alex miró a Diana, pero ella ya no le miraba.

—No hemos hecho muchos cambios desde la muerte de su padre —le explicó Henley mientras avanzaban por el pasillo, contemplando los espaciosos cubículos del establo—. Continuamos teniendo dos caballos de caza y el señor James y el señor Jeremy los montan cuando vuelven del colegio. Los mozos también hacen ejercicio con ellos y la señorita Diana los saca de vez en cuando y les hace saltar. Y ésta es Annie, la yegua de la señorita Diana.

Alex se asomó al cubículo y descubrió una yegua zaina, alta y delgada. Estrictamente hablando, Annie no era propiedad de Diana. El padre de Alex se la había comprado a un hombre que la maltrataba y había permitido que Diana la montara, pues consideraba que la yegua no era suficientemente buena para ninguno de sus hijos.

—Ya debe de tener muchos años —comentó Alex.

—En realidad, está prácticamente retirada —

respondió Henley—. La señorita Diana ha estado montando a Monty últimamente. Por supuesto, ahora que ha vuelto a casa...

—He traído un caballo —le interrumpió Alex—, el que montaba en España. No hay ningún motivo para que la señorita Diana tenga que dejar de montar a Monty.

Henley sonrió radiante. Él siempre había adorado a Diana.

—Cualquiera diría que ese caballo es demasiado grande para ella, pero la verdad es que es como arcilla entre sus manos. Creo que la señorita Diana sería capaz de montar cualquier cosa.

Se detuvieron frente a un cubículo que albergaba a un caballo castrado de color castaño, que se acercó saludarlos.

—Éste es nuevo —dijo Alex.

—Es de la señorita Sarah. Un caballo con muy buen carácter.

Continuaron avanzando por el pasillo. Revisaron los caballos de los carruajes y los ponis de María y Margaret, las hermanas pequeñas de Alex. Diana estaba atendiendo a uno de los ponis y salió del cubículo en cuanto se acercaron.

—No tiene nada —comentó—. Tenía miedo de que se hubiera dado una coz ella misma al asustarse, pero parece que está bien.

—Es un poni muy batallador —dijo Henley—. A lo mejor es demasiado caballo para lady María.

—Es nuevo —dijo Alex.

—María ya era demasiado alta para su viejo poni y le compramos éste hace unos meses —dijo Diana—. Cuando fui a verla, parecía una yegua muy

tranquila, pero últimamente se asusta con cualquier cosa.

—Cualquier caballo se habría asustado al cruzarse con un ciervo —comentó Alex.

—Eso es cierto —respondió Diana—. Pero ha habido otras ocasiones en las que...

—¿Te acuerdas de ese poni endemoniado que tenía yo? —preguntó Alex.

Por primera vez, asomó una débil sonrisa a los labios de Diana.

—Le adorabas porque era capaz de saltar cualquier obstáculo.

—Y también de sacudirse a cualquiera de encima.

La sonrisa desapareció de los labios de Diana.

—Espero que los caballos que hemos comprado cuenten con tu aprobación.

—La señorita Diana se ha hecho cargo de las caballerizas desde la muerte de su padre, señor —le explicó Henley.

—Veo que debo darte las gracias, Dee —dijo Alex—. Te agradezco el tiempo y el esfuerzo dedicados.

—No ha sido nada —respondió ella—. Ahora, supongo que será mejor que vuelva a casa y vaya a ver lo que le ha pasado a la pobre María.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Alex permaneció un momento donde estaba, observando su figura esbelta enfundada en una falda de montar y una chaqueta de lana. Su pelo rubio rojizo parecía atrapar toda la luz del establo.

Después de contemplarla durante algunos segundos, la siguió.

2

Efectivamente, María se había roto la clavícula. Alex, se inclinó para besar a su hermana de diez años y compadecerse de ella.

—¿Tú te has roto la clavícula alguna vez? — preguntó la niña.

—No, pero una vez me rompí un brazo.

—¿Al caerte de un caballo?

—Sí, me tiró mi poni.

—Creo que a Candy no le gusto —dijo María—. Salta por todo.

—Entonces, tendremos que conseguirte otro poni —propuso Alex al instante.

—Cuando la probé era muy buena. Sólo ha empezado a asustarse al venir a casa.

—Entonces no es el poni adecuado para ti —respondió Alex—. Te conseguiremos otro en el que puedas confiar.

—Gracias, Alex. —contestó María con una sonrisa.

—María necesita un poni como mi Basil —propuso Margaret, la otra hermana de Alex, una niña de doce años—. Basil es muy seguro.

—Ya veremos lo que podemos encontrar —respondió él.

Alex, Diana, Sally y Margaret estaban en la habitación de María. Esta última estaba en la cama, donde lady Standish había insistido en que se quedara durante el resto de la tarde. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

—Por lo menos ha sido el brazo izquierdo —dijo Margaret.

—Sí —respondió María, encogiéndose de hombros con desánimo—. Jeremy se va a reír cuando se entere de que me he caído y me he roto la clavícula.

Jeremy era hermano de Alex y estaba estudiando en Eton.

—No, no se reirá. No se lo permitiré.

María miró esperanzada al mayor de sus hermanos.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Me alegro de que estés en casa, Alex —dijo María entonces con una sonrisa.

—Y yo también me alegro de estar en casa —respondió él.

—Ahora, creo que deberíamos marcharnos y dejar que María descanse —propuso Sally.

Diana fue la primera en dirigirse hacia la puerta. Sally la siguió. Alex salió en último lugar y cerró la

puerta tras él con delicadeza. Una vez en el pasillo, Sally le miró sonriendo.

—Nos alegramos mucho de que hayas vuelto a casa, y de que estés bien —le dijo.

—Y yo me alegro de haber vuelto —respondió Alex, quizá por décima vez en el día.

—¿Te ha contado mamá que Diana y yo vamos a hacer nuestra presentación en sociedad el mes que viene? —le preguntó Sally.

—Sí, me lo ha contado.

—Tú puedes ser nuestro acompañante, Alex. A lo mejor también encuentras una chica con la que casarte.

Alex miró entonces a Diana.

—A lo mejor —contestó.

Aquella noche, la cena fue una fiesta. Fue una cena de bienvenida para Alex, y permitieron que tanto Margaret como María se sentaran a la mesa con el resto de la familia. También estuvieron presentes Diana y su madre. Lady Standish le explicó a su hijo que, tras la muerte de su padre, invitaba a su prima Louisa y a su padre a reunirse con ellos cada noche.

—Habría sido demasiado triste que estuviéramos solas Sally y yo.

La señora Sherwood y su hija vivían en una casita que estaba dentro de la propiedad de los Standish desde hacía dieciocho años. Lady Standish había invitado a su prima a ocupar aquella casa cuando su marido había sido llamado a servir al ejército en la India. Con el tiempo, el señor Sherwood había al-

canzado el rango de coronel y, poco tiempo después, había tenido que trasladarse a la Península, para terminar muriendo en la Batalla de la Coruña.

Los Sherwood no tenían el mismo estatus económico y social que los condes de Standish, pero como las dos primas eran además amigas íntimas, a menudo participaban de las actividades de su círculo. El conde había sido siempre muy tolerante con la mujer de su primo, pero era mucho más consciente de la brecha que separaba a las dos familias que su esposa. Ambas mujeres sabían que si el conde estuviera vivo, no habría permitido que Diana se presentara con Sally en sociedad.

De modo que, aquella noche, Alex estaba sentado a la mesa junto a seis mujeres. Era un cambio notable para un hombre que había pasado los últimos tres años de su vida con compañía casi exclusivamente masculina.

—Tienes que sentarte con Billings a revisar los libros de la contabilidad —le dijo lady Sherwood a su hijo mientras les servían la sopa—. Creo que es un buen hombre, pero tu padre era muy escrupuloso con las cuentas. Además, tengo entendido que hay algo que hacer con la propiedad de Derbyshire.

Cuánto iba a cambiar vida, pensó Alex. Desde que era niño, siempre había soñado con ser soldado. Pero aquel sueño había terminado y a partir de aquel momento, iba a convertirse en un conde. Recorrió con la mirada aquella habitación tan familiar y, al mismo tiempo, tan extraña. Y miró de nuevo a su madre.

—Hablaré con él, mamá —se comprometió.

Lady Standish le sonrió, agradecida.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas vuelto a casa, hijo mío.

—Alex me ha dicho que me comprará un poni nuevo, mamá —dijo María—. Candy es demasiado peligrosa.

—Estupendo, estupendo —respondió lady Stan-dish—. No podemos permitir que te rompas todos los huesos, María.

—¿Qué crees que pasará en Francia, Alex? —se interesó la señora Sherwood.

Alex la miró. Continuaba siendo una mujer muy atractiva, pero nunca había sido tan bella como su hija.

—Tenemos a Napoleón contra las cuerdas —respondió—. Va a tener que abdicar.

—¿Eso significa que el rey volverá a ocupar el trono? —preguntó Diana.

Alex se volvió hacia ella; Diana iba vestida con un sencillo vestido de noche de color marfil que realzaba la blancura sin mácula de su piel. Le producía placer el solo hecho de mirarla. Diana era incluso más hermosa que la imagen que había llevado de ella en su corazón durante aquellos tres años.

—El rey Luis ha estado esperando pacientemente su oportunidad en Inglaterra durante mucho tiempo.

—Bueno, espero que sean capaces de formar un gobierno más parecido al nuestro, con un parlamento que conceda algún poder al pueblo —intervino Diana—. Sería una pena para Francia haber pasado por todo esto para terminar bajo los Borbones otra vez.

Alex sonrió.

—Continúas siendo una revolucionaria, ¿eh, Dee?

—Yo no consideraría revolucionario desear un gobierno parlamentario —respondió Diana, muy seria.

—No creo que Francia vuelva a ser nunca la misma. Es evidente que la Revolución ha dejado su marca —contestó Alex.

—Algo que considero positivo —respondió Diana, decidida.

—¿Cuándo crees que debemos salir para Londres, mamá? —preguntó Sally.

—Me gustaría que celebráramos nuestro baile a finales de abril —respondió lady Standish—. Eso significa que tendremos que estar en Londres varias semanas antes para organizarlo.

Sally sonrió. Era una joven de rizos dorados y ojos azules como los de Alex.

—Va a ser muy divertido, ¿verdad, Diana?

Diana le devolvió la sonrisa.

—Sí, claro que sí.

—¿Qué es todo eso del baile? —preguntó Alex.

—Tenemos que organizar un baile para presentar a las chicas en sociedad —le aclaró su madre—. Tú serás el anfitrión, por supuesto.

—Yo no sé cómo funciona todo eso, mamá —frunció el ceño—. Llevo tres años lejos de aquí, luchando en la guerra. No sé nada de bailes.

—No tienes por qué saber nada —le aseguró su madre—. Louisa y yo nos encargaremos de todo. Lo único que tendrás que hacer es estar presente y recibir con nosotras a los invitados. Ah, y bailar con Diana y con Sally. Y con todas las chicas que puedas.

Alex continuaba con el ceño fruncido.

—Cuando me pediste que regresara a casa, no sabía que ibas a empujarme al torbellino de la vida social londinense.

—Es el lugar que te corresponde ocupar —replicó su madre—. Ahora eres el cabeza de familia, Alex. Tienes que asumir tus responsabilidades.

Y era consciente de ello, pensó con tristeza. Lo que no sabía era que una de sus responsabilidades iba a consistir en ayudar a Diana a encontrar marido.

La semana siguiente fue un torbellino de actividad para Alex. El administrador, John Billings, recorrió con él todas sus propiedades y le mostró todo aquello de lo que debía ocuparse. Su banquero llegó desde Londres y pasó muchas horas junto a él, revisando sus activos y sus deudas.

El fallecido señor Standish había sido un hombre prudente, y la propiedad se encontraba en una excelente situación económica. Su madre disponía de una pensión y del usufructo de la casa mientras así lo quisiera. Sus hermanos y hermanas eran responsabilidad de Alex, pero había dinero más que suficiente para financiar la educación de los chicos y la presentación en sociedad de las chicas. De hecho, Alex era un hombre muy rico.

Alex se acercó también a Oxford y Eton para visitar a sus hermanos pequeños, que, cada uno por su cuenta, se las arreglaron para sacarle diez libras.

Para el final de la semana, toda la familia se sentía tan cómoda con Alex como si no se hubiera ido jamás. Toda, excepto Diana.

Alex había intentado quedarse a solas con ella en numerosas ocasiones, pero Diana no colaboraba. No había querido dar un paseo por el lago con él y ni siquiera había aceptado acompañarle a buscar un poni nuevo para María. Era frustrante.

Por supuesto, no le ayudaba en absoluto que estuviera tan atractiva. Cuando la veía, Alex deseaba estrecharla entre sus brazos y besarla hasta dejarle sin respiración. Sin embargo, cada vez tenía más claro que un gesto como aquél sólo serviría para enfadarla todavía más.

Una tarde en la que estaban sentadas en el salón amarillo, hojeando revistas sobre las últimas tendencias en moda, Sally le preguntó de pronto a Diana:

—¿Por qué estás tan enfadada con Alex?

Diana se alarmó al oírla.

—No estoy enfadada, ¿de dónde has sacado esa idea?

—Bueno, eres muy cortante con Alex, de eso estoy segura. Y eso que él está intentando ser amable contigo. No es propio de ti ser tan poco amable, Diana. Y menos con Alex.

—Estoy siendo amable —replicó Diana a la defensiva.

Pero no era capaz de enfrentarse a la mirada sincera de Sally, así que continuó hojeando la revista.

—No, no es verdad. Mírame, Diana. ¿Qué te pasa?

Diana alzó la mirada; sus ojos castaños se encontraron con los ojos de Sally, unos ojos azules

como el cielo. Las dos jóvenes estaban muy unidas y a Diana le resultaba difícil mentirle.

—No me pasa nada —respondió con resolución—. Son imaginaciones tuyas, Sally. Es sólo que ahora mismo tengo la cabeza en otras cosas, no en Alex. Estoy muy emocionada pensando en nuestra presentación en Londres.

Un delicado rubor coloreó las mejillas de Sally. Era una chica adorable, la viva imagen de una adolescente encantadora a punto de convertirse en mujer. El año anterior, le habían permitido acudir a dos reuniones locales y a alguna fiesta en las que había coincidido con otros jóvenes, pero aquella limitada experiencia no le había aportado ningún aire de sofisticación.

—Yo también estoy emocionada —contestó—. Será tan diferente a nuestra vida en Standish Court.

—Sí, lo sé —dijo Diana. Intentó concentrarse en su inminente visita a Londres—. La prima Amelia dice que hay lugares en los que se puede montar a caballo. Evidentemente, Hyde Park es una zona muy frecuentada. Necesitaremos caballos. Me pregunto si Alex sabe ya cuál piensa montar.

—Pregúntaselo —la urgió Sally—. Si no puedes montar, te deprimirás.

—Lo sé.

—Entonces pregúntaselo. Ya sabes que mi madre delega en Alex todo lo relacionado con los caballos. Averigua qué es lo que piensa hacer.

Horas después, Diana tuvo oportunidad de hacerle a Alex aquella importante pregunta. Coinci-

dieron los dos en las caballerizas. Diana estaba entrenando a Candy cuando llegó un carruaje con un caballo negro azabache atado tras él. Diana recogió parte de la cuerda con la que sujetaba a Candy y se acercó a contemplar a aquel animal que miraba serenamente a su alrededor.

Era un ejemplar grande, con el cuello arqueado, el lomo corto y patas de aspecto fuerte.

Henley salió del establo y se acercó también al caballo.

—Éste debe de ser el caballo que utilizaba el señor en la Península —le comentó al conductor del carruaje.

—Exacto. Éste es Black Bart. Le he traído desde Burdeos.

—Enviaré a alguien a la casa para avisar al señor—dijo Henley.

Mientras esperaban a Alex, Diana se presentó a Black Bart. Éste tomó el pedazo de zanahoria que le ofreció y alzó con entusiasmo las orejas cuando comenzó a hablarle. Una vez presentados, Diana procedió a palparle las patas.

—¡Bart! —era Alex—. ¿Cómo estás, viejo amigo? Te he echado de menos.

El caballo relinchó suavemente al reconocer aquella voz. Alex se acercó para acariciarle.

—Es un caballo precioso, Alex —lo alabó Diana.

Alex se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Me ha salvado el pellejo varias veces, de eso puedes estar segura. A diferencia de otros muchos caballos que se limitan a galopar sin ninguna clase de control, Bart siempre me escucha —se volvió

hacia el caballo—. Eres un buen tipo, ¿verdad, amigo?

Bart alzó la cabeza en respuesta.

Alex se volvió entonces hacia Henley.

—¿Está preparado el cubículo?

—Sí, señor. Lo tenemos preparado desde hace varios días.

El sol hacía destellar tanto las crines negras del animal como el pelo oscuro de Alex mientras éste tomaba la cuerda que antes ataba al caballo al carruaje y comenzaba a conducirlo hacia el establo.

Diana le siguió.

En cuanto Bart estuvo instalado junto a un cubo de agua fresca y una pila de heno, Alex se apartó de la puerta y, por primera vez, pareció reparar en la presencia de Diana.

—¿Te gusta, Diana? —le preguntó.

—Sí, mucho —Diana comenzó a salir del establo con él—. ¿Ya has decidido qué caballos vas a llevarte a Londres?

Habían cruzado el corral y estaban siguiendo el camino que conducía hacia la casa.

—Tendré que llevar los caballos para el carruaje, por supuesto. Y otros dos para que montéis Sally y tú. Y, para mí, llevaré a Brat.

—¿Crees que podría llevarme a Monty? —preguntó Diana, vacilante—. Annie está prácticamente jubilada. Casi siempre tiene alguna lesión.

—Monty es un caballo bueno para el campo, pero no sé cómo se comportará en la ciudad, con tanto tráfico.

—Estoy segura de que se portará bien —dijo Diana.

—Quizá fuera mejor comprarte un caballo acostumbrado a Londres. Siempre puedo ir a Tattersall's y buscarte una buena montura.

—Preferiría llevarme a Monty —insistió Diana—. Desde que te marchaste, le monto casi todos los días.

Alex se detuvo y la observó con el ceño ligeramente fruncido.

—Así que te has quedado con mi caballo, ¿eh?

—Tú lo dejaste aquí —respondió Diana, apretando sus hermosos labios en una dura línea—. No parecía importarte lo que pudiera ocurrirle.

Alex continuó mirándola en silencio. Al cabo de unos segundos, se volvió y comenzó a caminar de nuevo.

—Lo dejé en las caballerizas de mi padre, en las que todos los caballos están perfectamente atendidos. No tenía ningún miedo de que estuviera siendo maltratado. Además, sabía a través de Sally que lo estabas montando tú.

Era una tontería enfadarse con él, pensó Diana. Sobre todo, cuando le estaba pidiendo un favor.

—Monty es como si fuera mi propio caballo —insistió con voz más dulce—. Por favor, Alex, si no lo quieres llevar para ti, llévalo para que pueda montarlo yo. Estoy deseando ir a Londres, pero sé que si no puedo montar, seré muy desgraciada.

—Muy bien —contestó Alex bruscamente—. Llevaré a Monty.

Diana soltó una bocanada de aire.

—Gracias —dijo.

Alex asintió y continuaron ambos su camino. Tras un minuto de silencio, Alex le advirtió:

—No tienes por qué ir a Londres a buscar marido, lo sabes. Puedes casarte conmigo.

Diana había pasado toda su adolescencia pensando que se casaría con Alex. Pero hacía tres años que eso había cambiado.

—Te lo agradezco, Alex —contestó en un tono de voz completamente inexpresivo—. Pero ya es demasiado tarde.

—¡Sólo tienes veinte años, y yo veintiuno! ¿Cómo puede ser demasiado tarde?

El enfado y el dolor del abandono bullían en el interior de Diana y, en aquella ocasión, no hizo ningún esfuerzo para sofocarlos. Se volvió furiosa hacia él.

—Fue demasiado tarde desde que tomaste la decisión de ingresar en el ejército —espetó—. Aquel día mataste todo lo que sentía por ti.

Alex la agarró del brazo y la retuvo frente a él.

—Me cuesta creer que eso sea cierto.

Diana fijó la mirada en su mano. Alex fue abriendo los dedos lentamente y la soltó.

—Pues créetelo —le dijo Diana—, porque es la verdad.

3

Habían pasado ya varios días desde que el impacto de volver a ver a Alex hacía que Diana se sobresaltara cada vez que coincidían. Cuando la llamaba Dee, un nombre que nadie más utilizaba, lo sentía como un símbolo de todo lo que les había unido.

Pero a medida que fue pasando el tiempo, y con él lo novedoso de su presencia, fue descubriéndose cada vez más capaz de endurecerse ante él. Alex estaba muy ocupado con todo lo relativo a sus propiedades y, normalmente, no le veía hasta la hora de la cena. Allí, rodeada por el resto de la familia, no le resultaba difícil mostrarse fría y compuesta, fingir que era indiferente a él.

Y quería serlo. Fuera lo que fuera lo que hubiera habido entre ellos, había desaparecido de forma irrevocable tres años atrás. Diane estaba firmemen-

te convencida. Lo que había sentido entonces y todo lo que le había ocurrido tras su marcha, había abierto un abismo entre ambos que jamás podrían superar.

Alex le había demostrado la poca importancia que tenía para él, se decía a sí misma. Y, sin embargo, al regresar a casa, se creía con derecho a retomar las cosas allí donde las habían dejado. Pues bien, no era así. Diana no le necesitaba. No necesitaba casarse con un conde adinerado. Ella quería casarse con un hombre con unos ingresos suficientes como para vivir cómodamente, un hombre en el que pudiera confiar y que fuera un buen padre para sus hijos. Un hombre que estuviera a su lado cuando le necesitaba. No como Alex.

Diana era perfectamente consciente de que su madre y ella vivían al límite de la pobreza. Si no hubiera sido porque lady Standish les había proporcionado una casa y cierto prestigio social, habría crecido en una habitación alquilada de una ciudad como Bath. Su padre era el hijo pequeño de un escudero y sus únicos ingresos procedían de la paga que recibía en el ejército. Después de su muerte, su madre y ella habían estado viviendo de una pensión minúscula y complementaban sus ingresos con el dinero que ganaba la señora Sherwood dando clases de piano a niñas de la zona. Gracias a la relación de Louisa Sherwood con lady Standish, Diana tenía oportunidad de montar a caballo y asistir a fiestas.

Por todo ello, tener oportunidad de presentarse en sociedad en Londres era para ella una bendición. Sabía que tenía que casarse. La idea de pasar el res-

to de su vida dependiendo de la generosidad de Alex le hacía temblar. También sabía que para una joven sin dinero como ella, no iba a ser fácil hacer un buen matrimonio. Pero era consciente de su belleza y pensaba que, en todo Londres, tendría que haber al menos un buen hombre al que le bastaran su belleza y su personalidad para querer casarse con ella.

Sally atraería a condes y vizcondes. Diana no se engañaba esperando aquel tipo de atención. Lo que ella quería era un hombre bueno y una casa en el campo con perros, caballos y niños. Seguramente, no era demasiado pedir.

Pero habría preferido que Alex no fuera con ellas.

Varias semanas después del regreso de Alex, se recibió una invitación de la vizcondesa Alston solicitando la presencia de los Devize y las Sherwood en una fiesta que iba a celebrar en Reeve House. Los Alston vivían a varios kilómetros de Standish Court y eran los vecinos más cercanos de su misma posición social. El padre de Alex había sido un buen amigo del vizconde y, cuando todavía vivía, las dos familias se veían con frecuencia. Lady Standish aceptó la invitación en su nombre y en el de las Sherwood.

—Estoy segura de que quieren verte —comentó lady Standish cuando comentaron la llegada de la invitación aquella noche durante la cena.

—¿Sólo estaremos nosotros y los Alston? —preguntó Alex.

—Por la nota que Phoebe nos ha enviado, deduzco que habrá más vecinos de la zona. Ya sabes que en el campo no nos andamos con excesivas ceremonias, Alex. Estoy segura de que también estará el doctor Lawrence. Y sir Burton Nable, seguramente.

—Espero que vaya Ned —dijo Alex—. Tenía intención de acercarme a verle.

Ned, el hijo de sir Burton, había sido un buen amigo de Alex cuando los dos eran más jóvenes. Ned también había luchado en la Península, pero no había tenido tanta suerte como Alex. Él pertenecía a un regimiento de infantería y había perdido la parte inferior de la pierna izquierda en Salamanca.

—Me sorprendería que Ned no estuviera —dijo la señora Sherwood—. Está comprometido y a punto de casarse, Alex. ¿Te acuerdas de Lizzie Carruthers?

—Sí. Dios mío, ¿Lizzie ya está en edad de casarse?

—Tiene dieciocho años, igual que yo —respondió Sally.

—Es curioso, pero cuando uno está lejos, imagina que la gente continúa tal y como la vio por última vez —dijo Alex, con la mirada fija en Diana—. No imagina que puedan cambiar.

—Todo el mundo cambia —replicó Diana—. Y tres años son mucho tiempo. Estoy segura de que a los veinte ya no soy la misma persona que era a los diecisiete, cuando tú te marchaste.

—Sí, eso ya lo he notado.

Cuando terminó la cena, se retiraron al piso de arriba, al salón de música, donde Sally les entretu-

vo al piano. Tocaba muy bien, y el resto de la familia permaneció en silencio, escuchando con placer aquellas melodías de Mozart. Alex observaba a Diana, que estaba sentada junto a su madre en un sofá.

La curva de sus pómulos le inspiraba una gran dulzura, y sus ojos, grandes y oscuros en medio de aquel cutis tan claro, resultaban fascinantes. Sus labios eran perfectos, ni demasiado finos ni demasiado llenos. Sencillamente, perfectos.

Diana tenía razones para estar enfadada con él. Lo sabía. Había tenido que elegir entre quedarse en casa con ella o hacer realidad el sueño de convertirse en soldado. Y había elegido lo segundo. A los diecinueve años, su fascinación por el ejército había sido mucho más fuerte que su amor por ella.

Si hubiera sabido entonces todo lo que había aprendido sobre la guerra, quizá no hubiera tomado la misma decisión.

Diana se volvió hacia él como si hubiera sentido el peso de su mirada. Durante un breve instante, algo intenso y poderoso pareció estallar entre ellos. Después, Diana frunció el ceño, se alisó la falda y volvió a mirar a Sally.

«No le soy indiferente», pensó Alex, por encima de su acelerado corazón. «Diga lo que diga, todavía queda algo de lo que hubo en otro tiempo entre nosotros. Estoy seguro. A lo mejor todavía no está todo perdido. Si tengo suficiente paciencia...».

La música cesó, y lady Standish le dijo a su hija:
—Ha sido precioso, querida.

Sally se volvió en el asiento del piano y sonrió a su público. Todo el mundo aplaudió.

—Ahora, pasemos al salón amarillo a tomar el té —sugirió lady Standish.

La noche de la fiesta de los Alston, lady Standish decidió que deberían ir todos en el coche de caballos de los Standish.

—No hay ningún motivo para que tengas que helarte en un carruaje abierto, Alex —le dijo a su hijo—. Puedes hacerte sitio con Sally y Diana. Al fin y al cabo, no vamos a ir muy lejos.

A Alex le gustó la idea de hacerse un hueco en el asiento de Diana, de modo que no se le ocurrió poner ninguna objeción a la sugerencia de su madre.

Así fue como terminaron reunidas cinco personas en la puerta principal de la casa, dispuestas a subir al elegante carruaje de los Standish. Lady Standish y la señora Sherwood fueron las primeras en montar, se sentaron en uno de los asientos laterales y, después, lady Standish hizo un gesto a su hijo para que la siguiera.

Alex se sentó frente a su madre. Afuera, le oyó decir a Sally:

—¿Te importa que me siente yo en la ventana, Diana? Ya sabes que tengo tendencia a marearme.

Tras una pausa evidente, Diana contestó:

—Por supuesto, Sally.

Alex observó a Diana mientras ésta subía al carruaje y se sentaba a su izquierda. Dejó un espacio considerable entre ellos, pero cuando Sally se sentó, se vio obligada a acercarse a él.

Alex pasó el brazo por el respaldo del asiento,

como si de esa manera pudieran disponer de más espacio. En el interior del carruaje apenas entraba la luz, pero podía sentir la cercanía de Diana en cada una de sus células. Todo su cuerpo reaccionó. No había estado tan cerca de Diana desde que había regresado a casa.

—Bueno, no se va muy mal, ¿no? —dijo lady Standish alegremente.

—Vamos muy bien, mamá —contestó Sally.

Diana permanecía en silencio.

Al cabo de uno segundos, el carruaje comenzó su marcha.

—Me alegro de que la noche esté tan despejada —comentó lady Standish—. No me gusta tener que ir en coche cuando está lloviendo. Siempre voy con miedo a que William termine saliéndose de la carretera. Se está haciendo viejo y creo que no ve bien en la oscuridad.

—Dios mío, mamá, ¿por qué tienes un cochero que no ve bien por la noche?

—Tu padre quería retirarlo, pero la verdad es que no soy capaz de decírselo. Lleva tantos años con nosotros...

—Pero no puede conservar su empleo si no ve —dijo Alex, intentando mostrarse razonable—. Hay una casa vacía al lado de la casa en la que vive nuestra antigua niñera. Le pasaré una pensión.

Lady Standish suspiró.

—Tienes razón, por supuesto. Supongo que lo que me ha pasado es que no quería hacer más cambios después de la muerte de tu padre.

—Pobre William —musitó Diana con pesar—. ¿A qué se dedicará ahora si no puede conducir?